

con trapos viejos, las astilladas lanzas con que ayer atacaban el baluarte que ahora defienden. Y esa guerra es insulsa, porque en el tal baluarte, así atacado y defendido, no han morado jamás las virginales Nueve sacrosantas.

*¡Brequequequéx!*

Si recorremos las filas de los combatientes, pronto nos daremos cuenta de que esa guerra es extraña a la poesía verdadera. No es la Poesía la defendida sino la *gloriola* (¡admirable palabra, que ha inventado don Joaquín García Monge!) del aspirante a poeta. No es la Poesía la atacada sino la *gloriola* del que llegó a que lo creyesen poeta. Porque todos éstos que hacen esa guerra, no son poetas, ni les importa la Poesía; son embaucadores del verso empeñados en que se crea que Poesía es lo que ellos hacen. Como si mañana los hacedores de bramate se empeñaran en hacer creer que casimir es lo que ellos fabrican. ¡Qué fácil entonces hacerse llamar casimirero sin dejar de ser hacedor de sólo bramate!

*¡Brequequequéx, brequequequéx!*

Los poetas verdaderos no son encarnizados combatientes de esa guerra. Darío pudo hallar qué elogiar en Campoamor. Los eunucos del séquito del semental nicaragüense de las Musas. («Cuando una Musa te dé un hijo, queden las otras ocho en cinta») no hallaban, en cambio, epíteto lo suficientemente aplastante para el poeta de las *Doloras*. Tampoco hubo poeta verdadero que atacase a Darío. Lo atacaron los masturbistas del verso, aquellos que desconocían tu sexo, ¡oh Arte, hembra fecunda!; aquellos que ya no hallaban gusto sino en lo de sus manos.

«La República de las letras es campo de Agramante donde todos andamos a la greña.» acaba de decir, haciendo la frase un escudo, Don Luis Dobles Segreda. Licho anda equivocado. «A la greña» no andamos todos. Hemos quienes no peleamos, porque esa pelea es innoble. Hemos quienes vemos a los que pelean y nos carcajamos.

*¡Brequequequéx, co-áx, co-áx!*

¿Clasicistas tenemos? Reíd, ¡oh ranas! *Brequequequéx*. ¿Versilibristas, dadaístas, ultraístas? ¡Oh, cantemos! *Brequequequéx, brequequequéx!* Lectores de su producción, oh cyncoranidias que reís en griego, no seremos ni vosotras ni yo. Pero he aquí que llegan en nuestra ayuda, en la cabalgata de un Coro de Esquilo, los hippalectores. De hablar con ellos vengo, maravillosos monstruos que son. Al galope han recorrido la obra de nuestros guerreros literarios. Y no hallaron, en los primeros, ni un solo endecasílabo memorable, ni un solo alejandrino alado, ni un solo eneasílabo musical, ni un solo verso de romance que se tuviese derecho sobre sus propios pies; ni hallaron, en los otros, una sola canción que, en maraña de ritmos, hubiese amarrado la mosca de oro, divina cantárida, que enciende en las carnes mentales los ardores de la Poesía. Y es que, en rigor, en esta guerra, no son tanto los poetas quienes odian y maldicen y pelean, como aque-

llos que no pudieron llegar a poetas y se volvieron críticos.

*¡Brequequequéx!*

Alguna vez se hablaba de Platón y de la poesía platónica. Alguien recordó el *Canto a Teresa* y se puso a recitarlo. Un mozalbete se tapó los oídos. La «música de las octavas reales», dijo, le enfermaba. Más tarde, aquella noche de cenáculo herediano, nos leyó sus propios versos «ultraístas». Más tarde aún, ya cerca del amanecer, cuando sólo hombres quedábamos, el joven estudioso que había entre nosotros, lector de Freud, tomó la dirección de la conversación. ¡Qué bien lo hacía! Cada quien aportó confesiones privadas a la discusión de las tesis del vienés. «Yo, dijo uno, todavía me...» Era el mozalbete a quien enfermaba la música del verso de Espronceda. ¿Comprenderá el otro poetilla, que en mi presencia antier no más llamó «solemne pendejada» los versos de Don Justo A. Facio, por qué me negué a estrechar su mano? Hay ascos viriles que ni la mejor buena voluntad puede vencer.

*¡Brequequequéx!*

El poeta verdadero no necesita haber leído el *Ion* para saber que no es suya propia la música con que le es dado extasiar. En su alma reina la perfecta humildad. En quien hace música distinta de la suya, no ve un extraño, menos un enemigo; antes bien mira a un hermano para quien el Dios ha tenido un distinto favor, no por distinto menos potente para el éxtasis. Cosa ligera, sacrosanta, alada, es el poeta verdadero. Decidme, ranas mías que les hacéis ojos glotonos a las mariposas, ¿de cuántos colores y de cuántas formas no pueden ser las alas? ¡Y oíd cómo ríe sobre el azul del cielo, volando en alas de lienzo y de alambre de qué rara forma, el aeroplano!

*¡Brequequequéx, brequequequéx, co-áx, co-áx!*

No hay generosidad como la del poeta verdadero. Recordemos el cariño fervoroso de Dante por Guido Cavalcanti («aquel a quien yo llamo el primero de mis amigos»); recordemos la alegría fraterna del círculo de Shakespeare, Ben Jonson y los demás de la *Taberna de la Sirena*; y para que no andemos equivocados, recordemos que no hubo jamás enemistad ninguna entre Esquilo y Sófocles, de un bando, y Eurípides, del otro. Aristófanes hace en *Las Ranas* ficción pura. Por pura ficción es que divierte. Y el mismo odio feroz que se le atribuye contra Eurípides, también es ficción. En *Las Ranas* se transparenta la devoción con que había leído, con que se había aprendido de memoria, todo verso suyo. Es lugar común de la erudición que sus parodias de Eurípides superan en mucho a las que hizo de Esquilo. La cólera de Goethe no era del todo justificada. Cólera ninguna de ningún Zeus lo es.

Y he aquí por qué, cuando hace de Zeus el Licenciado Don Rogelio Sotela, hay que hacerle oír cantar las ranas. Muy bien que haya elogiado los sonetos de Don Antonio Caso publicados en *Repertorio*; pero muy mal que haya hecho de ese elogio vehículo de ataque contra los poetas no de su círculo. Caso, filósofo, quiere danzar su rato con las Musas. Dudamos de que le preste atención a Sotela. Dudamos de que del enrarecido aire alto del Anáhuac baje a capitanear la falange «clasicista» que Zeus Sotela, convertido aristofánicamente en Sargento Pardokas Sotela, dice que le espera para entrar en batalla.

*¡Brequequequéx, brequequequéx, co-áx, co-áx!*

Heredia, diciembre, 1930.

*Persiles*



**El traje hace al caballero  
y lo caracteriza**

— y —  
**La Sastrería**

**LA COLOMBIANA**

**de Francisco A. Gómez Z.  
le hace el vestido**

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de  
casimires ingleses

Operarios competentes  
para la confección de trajes

**Haga una visita y se convencerá**

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

**San José, C. R.**

**Teléfono 3283**